

Esperar lo inesperado

-Una poética de la humana condición-¹

Por Raúl Domingo Motta²

El pensamiento poético, que quiere ser creador, no realiza ecuaciones, sino diferencias esenciales, irreductibles; sólo en contacto con lo otro, lo real, o aparente, puede ser fecundo. Al pensamiento lógico o matemático, que es pensamiento homogeneizado, a última hora pensar de la nada, se opone en pensamiento poético, esencialmente heterogeneizador. Perdonadme estos terminachos de formación erudita, porque algo se ha de conocer que estamos en clase...pero todo esto lo veréis más claro en nuestro ejercicios -los de Retórica, se entiende - y por ejemplos más o menos palpables.

Antonio Machado

Resumen

En este texto se reflexiona sobre las condiciones de posibilidad y como tales, inciertas, de la emergencia de un sujeto colectivo, capaz de operar una acción reflexiva que intervenga, inteligentemente y mediante múltiples microacciones reticulares, en la clausura social e imaginaria del presente, caracterizada por su incapacidad de gobernar la enormidad de las actividades económicas y sociales excluyentes y autodestructivas de la humanidad. Acción reflexiva colectiva que denomino “humana condición” y que como tal, no es posible crear programáticamente; aunque cifro las esperanzas de que esta surja en el contexto de las cegueras y errores sociales, por medio de la activación de la función RE, como factor regenerante ético y político en relación con un nuevo horizonte del devenir ecológico de la humanidad.

Palabras claves: *clausura social - humana condición - gobernabilidad - función RE*

¹ El presente texto no corresponde a la ponencia del panel Éthique, decisión, Action del Congreso Mundial para el Pensamiento Complejo “Los desafíos de un Mundo Globalizado”. UNESCO, París, 8-9 de diciembre de 2016, sino que es un documento de aporte general, presentado para ser parte las publicaciones adicionales.

² www.raulmotta.com E-mail: estudio.motta@me.com

Abstract

In this text we reflect on the conditions of possibility and as such, uncertain, of the emergence of a collective subject, capable of operating a reflexive action that intelligently and through multiple reticular microactions, in the social and imaginary closure of the present, characterized by their inability to govern the enormity of humanity's exclusionary and self-destructive economic and social activities. Collective reflexive action that I call "human condition" and that as such, it is not possible to create programmatically; although I hope that it will arise in the context of blindness and social errors, through the activation of the RE function, as an ethical and political regenerating factor in relation to a new horizon of the ecological becoming of humanity.

Key words: *social closure - human condition - governability - RE function*

Introducción

El significado de los términos poética y “pensamiento poético” que se utilizan en este texto no corresponde al de los manuales tradicionales de enseñanza de la literatura y la filosofía, sino al utilizado por los poetas y artistas de principios del siglo XX, como muy bien Martin Heidegger, aunque a su manera, diera cuenta de ello. Así, pensamiento poético hace referencia a una modalidad de imaginar/hacer/pensar/inventar que incluye un modo de inteligencia contextual y de posicionamiento en el mundo circundante que se halla virtualmente presente en las actividades de la vida cotidiana de una sociedad.

El sentido multireferencial de la palabra “poética” remonta al término griego *poiésis*, que es muy distinto e incluso se contrapone al significado de técnica o conjunto de normas y funciones para replicar algo. La idea de poética como “recetario” aparece en los momentos de clausura funcional de una sociedad, cada vez más dependientes de la producción de discursos y técnicas (por ejemplo, las útiles aplicaciones de los teléfonos celulares), para el funcionamiento del mercado, las tareas programáticas de la vida profesional y la producción de espectáculos culturales (que muchas veces incluye al académico y al tecnológico).

Su significado general proveniente del verbo *poiéo* se refiere a una actividad que se concreta en algo realizado con las manos. En Homero significa “hacer”, “fabricar”, “causar”, “hacer que”, “edificar”, “colocar”, “organizar” y “situar”. Con Hesíodo se suma una acepción diferente “traer a la existencia”, “crear”. En Heródoto, Jenofonte y Platón aparece

significando “festejar”, “celebrar”, “considerar” y “tener por”. Y más tarde, implica “componer” y “escribir”. Pero es con Heráclito donde el término cobra un significado central para la perspectiva que se quiere ofrecer en este texto, porque se correlacionan dos términos: el de “*poiein*” que significa obrar humano en el sentido de “transformar”, en unión con el *légein* que entraña un saber y un comportarse (ética). Esta conjunción operativa de los dos significados muestran que para Heráclito la actividad humana es una fuerza eficaz, viviente, creadora y modificadora de la realidad.

En este sentido, Paul Valéry en sus *cahiers* afirmaba que una de las funciones más requeridas en una situación de crisis y clausura imaginaria de una sociedad era lo que él denominaba función RE. Ésta consiste en una “repetición intensiva”, una reanudación que más que un origen, es un recomienzo, pero en otro tono y en otro plano (variación de las intensidades). Esta idea contiene en el fondo una ontología de lo inacabado y abre el juego de la invención y la reflexividad contra todo determinismo social y humano. Para Paul Valéry hacer, ser, pensar y decir, son parte de un mismo acto o “maniobra”, *el gran quehacer del hombre*, dice el poeta francés inspirado en Protágoras, *es hacer que lo que es no sea y que lo que no es sea* (2007). Más adelante se volverá a esta función clave de la inteligencia humana, que dicho sea de paso, Vico y la tradición humanista denominaba *ingenium*, una pericia opuesta a la contemplación filosófica, que compartían poetas, ingenieros, científicos y escritores en general.

A partir de estos significados, lo que se quiere resaltar aquí es que el pensamiento poético opera en la trama sensible que enlaza el aquí y el ahora, la reflexividad ética y la política, lo poético y el horizonte histórico, pero sobre todas las cosas, el acontecimiento con la oportunidad, trama que generalmente se halla oculta en el trabajo pernicioso de la repetición de los lugares comunes y de la consagración de signos y símbolos pertenecientes al estado de cosas reinante. Poética es la puesta en escena de la reflexividad en un hacer/pensar en estado de flujo continuo, que se entrama con el fluir del lenguaje de una vida activa, no reducible a sus productos y proceso acabados. Un hacer que no demanda interpretación, en el sentido que de ello da la hermenéutica moderna, sino consumación, a través de una trama del lenguaje, de la producción de vínculos y de las organizaciones para la vida.

El pensar poético es la composición de la sensibilidad y de los tópicos humanos fragmentados, dispersos y marginados en lo establecido. Como tal es distinto al razonamiento tecnocrático y sin embargo, puede ser complementario al pragmatismo, siempre y cuando éste no se reduzca al significado de utilitarismo. El pensar poético es una inteligencia que articula empatía con sintonía, saber con oportunidad, conservación con

revolución, tradición con novedad, genialidad con singularidad: con-sentimiento y transgresión.

El pensar poético entendido de esta manera, comprende, imagina, provoca y compone los indicios y las acciones más adecuadas (oportunas), en situaciones de adversidad e incertidumbre. En tal sentido, su emergencia podría facilitar las condiciones de posibilidad de una reflexividad colectiva sobre el incierto destino de la humanidad en el presente, que en este texto se denomina humana condición.

La humana condición se diferencia de la expresión “condición humana”, porque humana condición es la reflexividad sobre la “condición” de la condición del género humano, situado en un “impasse” de convergencia entre la necesidad de salvar/cuidar y el desafío del devenir posthumano, con su proyecto transhumanista de transformar para mejorar/sobrellevar la condición humana, hasta el extremo de un cambio radical en su identidad individual y colectiva de la especie y de su relación con las especies y el planeta: el “cosmopiteco” (Morin 2003:286). La emergencia de la humana condición es una imperiosa necesidad, pero al mismo tiempo es improbable, ya que no es posible un accionar programático para su advenir, porque se halla en el reino de las contingencias.

La humana condición y la función RE

Entiendo por humana condición a un acontecimiento, como tal emergente, de un posible sujeto colectivo capaz de intervenir reflexivamente en el curso de su destino. Un micromovimiento colectivo reticular que dispara la función RE como una capacidad de timonear un proceso inédito, repensando las condiciones emergentes frente a un *impasse* que afecta la continuidad del devenir de la especie. En un nivel político, éste se expresa en una crisis de escala, que consiste en la incongruencia entre la escala y dinámica de las instituciones heredadas y la enormidad de los desafíos desatados por su propio accionar racional e instrumental: la ferocidad rapaz del *homo sapiens/demens* que incluye su complejidad contingente.

La función RE es una estrategia reflexiva en acción, un caminar repensando el pensamiento que se despliega en una colectividad, como el cazador que vuelve sobre sus huellas para reunirse con la comunidad y celebrar, al mismo tiempo, que exorcizar su éxito, en una

conclusión con inclusión: conmiseración. Hoy se es rapaz sin pensar, sin celebración y sin comunión: indolencia.³

La función RE implica una compleja maniobra de intervención política en la ética y una intervención ética en la política, porque ambas se hacen problemáticas. Maniobra que sólo puede consolidarse en un plano poético, en un umbral que convoca imaginar/sentir/hacer/pensar/inventar en medio del error, la ignorancia y el reduccionismo de la "cosidad" fragmentaria del entendimiento, la creciente anomia social y la anemia del lenguaje, que clausuran y al mismo tiempo, provocan a la imaginación colectiva.

A su vez, la poética del pensamiento conlleva la esperanza, como una palabra que sin concretarse se halla en "la punta de la lengua" de un sujeto genérico, que aún no encuentra el nombre para la situación inaugural que vive como distorsión e hipérbaton, pero sabe, como afirma el poeta Leónidas Lamborgini (2016), que es preciso *asumir la distorsión, asimilarla y devolverla multiplicadamente*⁴.

La humanidad planetaria transita una acefalía antro-política inseparable de una latencia de las instancias liberadoras inscriptas en el lenguaje y la conversación sobre lo ignoto, esa instancia es el "como si", (relacionado con el famoso *comme* de Montaigne), que es la antesala operatoria de la invención y la construcción de un nuevo tejido de relaciones. Porque toda acción es una correlación rizomática de relaciones, que busca una reorganización a nivel humano que es preciso re-componer desde un nuevo horizonte de sentido.

La función RE como señala Edgar Morin es radical en el sentido que opera en la raíz de las dinámicas organizacionales de todas las dimensiones de la vida natural y artificial, porque lo que no se **RE**genera de degenera. La función RE está en la raíz de las funciones *auto*, *eco* y *oikos* (Morin 1997). Tiene su mayor riqueza en su forma de reflexividad y recursividad, porque son maniobras que potencian las fuerzas generadoras y regeneradoras de la vida y de la creación de significado. Pero también, gracias a su potencia reorganizadora permite la emergencia de lo nuevo y crea las condiciones organizacionales para su despliegue. Es un esfuerzo que tiene por finalidad explorar lo posible bajo el signo del recomienzo, pero en otro

³ La indolencia es una figura de la complejidad humana que refiere a la necesidad conjuntamente con la incapacidad de sentirse afectado por algo, pariente de la desidia y la pereza, pero al mismo tiempo, distante de éstas porque la indolencia no rechaza la acción, por el contrario puede llegar a ser una actividad frenética sin horizonte y sin reflexividad, indiferente a las consecuencias de sus acciones y ajena la solidaridad con su entorno. La indolencia desafía a la ecología de la acción. Ella sencillamente significa "el que no sufre" y justamente, este significado se halla magníficamente representada en la figura del zombie.

⁴ Obsérvese al paso que "humana condición" es un hipérbaton de "condición humana"

territorio, que como tal requiere un nuevo lenguaje, porque el hacer se transforma en acto y el acontecimiento en metáfora (esto es como aquello y esto es y no es como aquello), maniobras que a través del lenguaje y la conversación arman y desarman lo real en un ir y venir vertiginoso, entre opuestos contrarios y complementarios sin síntesis posible porque abren el juego a múltiples dimensiones de lo real y de lo que puede advenir.

La función RE también permite en este caso, comprender la operación de reinserción de la política en la ética y a la inversa, operación que se realiza en y por el lenguaje de la “vita activa” (Dante y Vico) y no desde la teoría. Intervenir en la ética de un mundo clausurado es una política y pensar una alternativa implica una poética. Roberto Juarroz afirma: *Las últimas estructuras se han gastado / y es preciso cambiarlas, / sobre todo las más finas. // Desmantelar el aire, por ejemplo. / Desmantelar el pensamiento. / Pero ¿reemplazarlos con qué? // Hay que poner el aire en lugar del pensamiento. / Hay que poner el pensamiento en lugar del aire* (1993:48).

Clausura e intemperie

Un joven de hoy si quisiera comprender aquella conocida frase de Ortega y Gasset “*Yo soy yo y mis circunstancias*”, que se puede descomponer en las conocidas cuatro preguntas kantianas: ¿de dónde vengo? ¿quién soy? ¿dónde estoy? y ¿qué puedo esperar?, tendría que realizar un esfuerzo extraordinario para situar su humanidad en un horizonte tan incierto como el que revela su presente. Un horizonte cuyos mundos desde fines de los años 70 se ven impactados por un proceso contradictorio; por un lado el despliegue de la globalización con sus procesos homogéneo y reduccionista de la diversidad de culturas, los ecosistemas y los modos de vida; por el otro, una heterogeneidad de acontecimientos de todo tipo, imposibles de comprender con los esquemas y los modelos de educación heredados. Muchos jóvenes sienten que se hallan en la intemperie, sean aquellos jóvenes “silvestres” de las periferias más degradadas o los jóvenes prosumidores del mercado, ambos a su manera viven entre escombros institucionales, epistemológicos y morales.

Pero esos escombros productos de la guerra, la competencia rapaz de la productividad descontrolada, la disgregación social y las migraciones, que también circulan globalmente como una heterogeneidad sin destino, es percibida indolentemente, por las instituciones globalizadoras como una rémora, un estorbo que entorpece la “inexorable” dinámica globalizadora. Esta heterogeneidad se REinserta en el proceso homogeneizador mencionado, provocando mediante las tendencias nacionalistas antidemocráticas y conservadoras que se consolidan en EE. UU. y otras regiones del planeta, un efecto político de “astringencia”, que

lejos de romper con la clausura imaginaria del sistema capitalista, pueden fortalecer procesos ciegos, aumentando las posibilidades de no comprender con grandes riesgos de autodestrucción civilizacional, el desafío principal de la era planetaria: federalizar la gobernabilidad planetaria sobre la base de un horizonte ecológico común, con la finalidad de co-pilotear la Tierra y el destino de la humanidad.

La intemperie que caracteriza al contexto existencial de los jóvenes de la primera civilización planetaria no es como aquella que enfrentaron los primeros humanos, dentro y fuera de las cavernas y en los inicios de la vida del sapiens/demens; es por el contrario, una inédita forma de vivir en una dinámica acéfala, no menos depredadora que la anterior, pero saturada de signos, objetos y ruinas.

Sin embargo, una de las características principales de este nuevo contexto es el hecho de hallarse clausurada la antigua estrategia depredadora de supervivencia humana, debido a que la especie se encuentra situada en una nueva complejidad organizacional que involucra al destino de todo el planeta y como tal, hace inviable toda estrategia de esa naturaleza. Pero ello no significa que las dinámicas de depredación del planeta lleguen a su término; por el contrario, aumentan las posibilidades de una depredación absoluta de nuestro hábitat heredado, que como tal, virtualmente se encuentra organizativamente superado por la escala actual de la producción y el consumo de nuestra especie. ¿Podrá la racionalidad tecnológica resolver esta encrucijada humana en el planeta? ¿Podrá la humanidad incluir al 70% de su especie hoy marginada en un submundo bárbaro? No lo sabemos, y la inercia depredadora del planeta y de la humanidad contra sí misma y las otras especies, parece acelerarse día a día.

De esta manera, se manifiesta ante el sujeto planetario en ciernes, el gran acontecimiento de nuestro tiempo plasmado en un nuevo umbral histórico que denominamos “humana condición”, donde nuevamente el viejo Hermes dios de las transformaciones, trae a los humanos un inédito mensaje oculto en la crisis ecológica de nuestro tiempo: la humanidad ha arribado al condicionamiento y puesta en peligro de sus condiciones naturales, históricas, sociales y culturales ¿podrá asumir este límite intrínseco a su despliegue planetario? ¿emergerá un nuevo sujeto colectivo e individual, capaz de percibir y asumir este desafío? ¿podrán los seres humanos individual y colectivamente, “sojuzgar” sus sojuzgamientos y autolimitar el poder de destrucción de su entorno?

La palabra “ruina” viene del latín “ruo” que significa roto, caerse algo a pedazos, venirse abajo por estar fragmentado. También como muy bien precisó San Agustín, significa pérdida.

En toda ruina se encuentran sumergidos y al mismo tiempo a la vista de todos, los fundamentos del origen/originante de toda arquitectura social y a la vez la posibilidad de la regeneratividad de lo disponible para vivir, la función Re con las potencias virtuales del recomienzo. Las ruinas y los residuos que se expanden por el planeta son las huellas de las catástrofes, donde orden y desorden se asocian para producir la génesis y la regeneración de nuevas formas y procesos, tal vez mejores, tal vez peores que las anteriores. Toda transformación que arruina y regenera requiere de un arte, más que de ciencia y filosofía, ya que previamente hay que componer la inhospitalidad que generan los fragmentos de un mundo por venir, que como tal no encuentra símil, por ello es preciso trabajar en un “com(o)ún (o) si...”⁵. Es la tarea del poietés o compositor.

Tal vez, las claves que responden a estas preguntas se encuentren en la misma circunstancia en la que nuestros jóvenes se hallan inmersos, porque el sujeto de esta intemperie humana no corresponde ni a una cultura, ni a un pueblo, ni a una sociedad específica, sino a una muchedumbre creciente y errante que cada vez más, se ubica fuera de la agonía de sus instituciones, de sus conocimientos establecidos, de los discursos estandarizados de auto-comprensión, de la retórica política, de las cosmovisiones simples o complejas, de la rigidez de sus identidades heredadas, encarna el desapego generalizado de todo y de todos. Ruina de ideologías, formas, hábitos, creencias, imaginarios, en fin, ruina de mundos. En función de ello, se observa en los llamados actores sociales, una sensación de desafección a lo dado y de fuga generalizada ¿pero hacia dónde?

Nuestro presente emerge de una transformación planetaria que ha tornado todo conflicto internacional en un conflicto interior, cotidiano, general y personal, cuyos acontecimientos con-mueven y al mismo tiempo, saturan de estímulos, hasta paralizarnos en una perplejidad que nos **implica**, **complica** y **simplifica**.

Justamente, la raíz **pli** que tienen en común estas últimas palabras, muestran la condición de nuestra especie involucrada en un **repliegue** de lo humano frente al avance generalizado de la antigua y moderna barbarie, que como una sombra, acompaña nuestros esfuerzos políticos, culturales y civilizacionales. En este repliegue estratégico se preserva sin ninguna intensión programática, una estrategia barroca y planetaria que no se puede encuadrar en las estructuras políticas, sociales, cognitivas e institucionales heredadas⁶.

⁵ Un “como sí” común y como “uno”, entendido como hospitalidad colectiva y heterogénea errante búsqueda de un mé-todo(s).

⁶ Entiendo en este contexto por estrategia barroca a la operación de transmutación de sentido que por ejemplo, los pueblos latinoamericanos realizaron al reconfigurar a partir de su significado e intensión política original, los

Esta estrategia y resistencia que aquí denominamos barroca es en definitiva, el derrame de una sensibilidad colectiva por fuera de las estructuras sociales existentes y que virtualmente, porta una posible voluntad general que en las circunstancias presentes, no encuentra su forma política, religiosa y jurídica, para crear su espacio de convivencia y su horizonte futuro.

Los actuales discursos sobre derechos humanos, desarrollo sustentable, género, identidad cultural, complejidad, democracia, estado, modernidad, nación, sujeto, ciudadano, futuro, rápidamente se transforman en clichés, pedagogías de la impotencia, formas muertas, discursos desafectados de pensamiento, broncees mudos, todos espectros de lo **cómico planetario**. Emerge así lo obscuro de una humanidad sin atributos en un contexto caracterizado por lo **in-mundo** y siniestro.

In-mundo significa ausencia de las condiciones de posibilidad para la vida humana como lo significa plenamente el término inmundicia. “Cómico planetario” es una expresión relacionada con la sensibilidad derramada fuera de las formas heredadas y que porta la multitud de una sociedad-mundo por venir. Es preciso advertir que lo cómico no es lo ridículo que, generalmente, mueve a risa. Siniestra es la situación que padece un sujeto y una comunidad que ha perdido sus parámetros cotidianos de vida en medio de lo extraño.

El mundo actual no da risa salvo por el hecho de que toda risa se emparenta con la máscara de la muerte. *Komisch*, cómico en alemán, significa lo extraño e inquietante, lo absurdo, porque no tiene o no pertenece a un lugar (común) y sin embargo, existe. Lo cómico es das *Unheimliche*, aquello arrojado a la intemperie, donde circula pero no circunda, la muchedumbre errante. La visión de lo cómico planetario es parte de una poética del pensar que permite ver aquello que es preciso pensar más allá de lo habitual, donde experimentación y pensamiento se confunden en un proceso de construcción de un nuevo lenguaje sobre lo contingente.

Esta tarea reclama el protagonismo del pensar poético y no sus formas acabadas del presente, totalmente desprovistas de su fuerza poética y elucidatoria, como son el caso de la epistemología, la filosofía, las ciencias, las doctrinas educativas y las técnicas. Jean Piaget afirmó en su obra *Sabiduría e ilusiones de la filosofía*, que cuando se trata de decidir, elucidar y elegir un destino, no podemos recurrir ni a una filosofía establecida, ni a los recursos de la ciencia ni la tecnología, en estos casos decía, es necesario sabiduría, pensando tal vez en la antigua *sapientia*.

discursos de las formas religiosas y políticas previamente creadas por la colonización para la conservación de su estatus quo.

Porque poco pueden hacer los actuales discursos sin el acto creativo del *poietes*, el componedor de saberes (facultad que no corresponde necesariamente a ningún sujeto particular, sino que puede implicar a la comunidad en general), quien mediante el arte de la composición inventa el sentido del mundo, que en realidad es un artificio fantástico e infundado, que en la antigüedad acompañaba el trabajo del agricultor, del artesano, del cazador y del guerrero, en la construcción de una comarca que oculte los rastros de las antiguas ruinas. Todas las ruinas como muy bien lo señaló Georges Bataille, muestran los fundamentos a la intemperie y de esta manera, los delata en su infundada y siniestra presencia, sobre todo si aquellas ruinas son de los espacios públicos, casi todos secuestrados por la guerra, la tecnocracia, el mercantilismo y la corrupción generalizada.

Una poética de la humana condición debería mostrar que el actual malestar civilizacional, encarnado en la muchedumbre (con sus resistencias, sus aspiraciones y su errancia), corresponde a un pueblo, una civilización, y a un sujeto por venir, que si bien es incierto porque aún no existe y tal vez, nunca pueda concretarse como una diferencia superadora, no es menos cierto, que su ausencia muestra la búsqueda de alternativas frente a las ruinas presentes, donde el bien común heredado se ha transformado en mercancía global y acefalía planetaria.

¿Cuál podría ser el sujeto de esta intemperie? Tal vez una muchedumbre creciente de seres anónimos tratando de tejer estrategias para vivir, y en muchos casos solo para sobrevivir. Pero con seguridad sabemos que no son ni ciudadanos ni productores, algunos los llaman “los muchos”: jóvenes, ancianos, migrantes, hombres y mujeres nómades, niños abandonados, recién llegados, sobrevivientes de genocidios, de guerras de intervención, desempleados, indígenas, nuevos y viejos trabajadores precarizados (como los docentes y los encargados de los servicios de la salud) y los pueblos sin tierra real ni virtual, menesterosos y anónimos de todo tipo, se abroquelan entre “los muchos”.

Baruch Spinoza fue condenado y vilipendiado por hablar de ellos y por ellos. Tomás Hobbes les temía, porque sabía que su informalidad en la intemperie era el obstáculo más peligroso para construir la soberanía del estado moderno y burgués con su contrato social complementario, hoy uno y otro en ruinas. Estos peligros renacen y se multiplican con el latente conflicto entre los sectores integrados socialmente y por ende cerrados a nivel local, y aquellos que representan los procesos de desarrollo global. En medio y en los alrededores de este enfrentamiento, no exento de mezquindades globales y locales, se encuentra la mayoría de la humanidad sin ninguna posibilidad de poder asumirse como parte de un “nosotros”

frente a “ellos” y “aquellos” y así, recomponer la responsabilidad política de todos. Para colmo sin un “nosotros” tampoco hay “yo”, por estar disuelto en una multitud errante.

Los muchos, errantes humanos en busca de una sociedad por venir, multitud sin pueblo, energía de una sociedad planetaria que aún no existe y no sabemos si advendrá, son percibidos con temor y desdén, porque los muchos como una muchedumbre errante creciente, es lo contrario de la noción leibniziana de mónada, es decir de individuo autosuficiente y clausurado, así como también es contraria a la idea de comunidad, como metáfora orgánica de la convivencia social.

La muchedumbre se caracteriza por ser una aglutinación de individuos agregados unos a otros, por vínculos débiles y esporádicos que como tales, no tienen un fin en sí mismos. Una multitud es como un cuerpo sin órganos ni cabeza, muy distinta a la figura que se encuentra en la tapa de la edición original del Leviatán de Hobbes. Pero, la peligrosidad que el estatus quo cree ver en la muchedumbre es su capacidad espasmódica de intensificación energética que puede conducir a una metamorfosis social con consecuencias inciertas, para bien o para mal.

Frente a ella no sirven ni los últimos discursos sociales y de mercadotecnia ni las últimas estrategias emanadas de los gabinetes psicopedagógicos, ni una pedagogía edulcorada de la complejidad, porque la violencia también crece en las escuelas, transformadas ellas también en instituciones errantes. Porque como señala Norbert Elías, antes de seguir improvisando con los esquemas políticos de siempre es preciso repensar una nueva integración humana a nivel local y global:

Una de las singularidades de la situación actual es el hecho que también en este plano la imagen del nosotros, la identidad como nosotros de la mayoría de los seres humanos, va muy por detrás del nivel de integración real; la imagen del nosotros va muy a la zaga de la realidad de las interdependencias globales y, por tanto, también de la posibilidad de que grupos humanos particulares destruyan el espacio vital común. [...] El sentimiento de responsabilidad por la amenaza a que está expuesta la humanidad es mínimo. Por muy real que sea esta amenaza, la actitud orientada hacia la propia nación hace que parezca irreal, cunado no una ingenuidad. Es cierto que el movimiento integrador no planeado obliga a que se formen alianzas y, por ende, también organizaciones militares multinacionales. Pero para quienes intervienen en estas alianzas su Estado particular sigue siendo el principal punto de referencia del nosotros (1990:263-264).

Lo mismo sucede con las estructuras ideológicas y doctrinas sociales. Ya lo había anticipado Fernando Pessoa, quien se expresaba a través de su heterónimo Álvaro de Campos, diciendo: *iPasad flojos! Que necesitáis ser **istas** para pertenecer a un **ismo***. Marxismo, existencialismo, estructuralismo, positivismo, posmodernismo, “complejismo”, etc., son diluidos por un proceso de transformación planetario que requiere ser pensado y no ideologizado. Es cierto, todos estos “ismos” eran reparos, amparos y refugios. Pero, han cambiado las dinámicas entre la amenaza y el amparo, entre el miedo y la angustia.

La intemperie actual se parece a un desierto, que tarde o temprano como Moisés, tendremos que atravesar. Por ello, todo nuevo refugio (institucional o ideológico), hoy se parece más bien a una antigua trampa. Malos tiempos para una educación basada en recetas, programas y discursos de moda. Porque es preciso crear una nueva interrelación entre poética, antropología, ética y política, capaz de transformar la emoción multitudinaria en una cortesía planetaria, es decir en una nueva escala de convivencia y desarrollo humano, que no se reduce a ninguna condición material y financiera específica sino que por el contrario, promueva las condiciones efectivas de la creación y regeneración de una comunidad planetaria basada en la diversidad y singularidad humana.

La planetarización de la tecnología y su consecuente riesgo planetario han convocado a lo enorme y en función de ello, los mundos del mundo (el planeta imaginado), se han desbocado en un proceso de planificación mercantil y de violencia que todo lo abarca. Dentro de este proceso se observa que la humanidad se repliega, dejando en su lugar al protagonismo de la barbarie tecnocratizada y potenciadora de la barbarie ancestral. Entonces: ¿podrá en ese pliegue producir un pensar planetario? ¿Podrá emerger un sujeto humano capaz de pensar una alternativa para el destino planetario y errante de la humana condición? ¿Podremos recrear instituciones acordes a la escala del desafío que enfrentamos?

Intentar pensar por fuera de los clichés políticos, institucionales, educativos e informativos requerirá experimentar personal y colectivamente este desafío. Porque es preciso realizar conexiones inéditas que configuren caminos alternativos, y también, nuevas encrucijadas. De esta manera pensar, como dice el poeta Roberto Juarroz recordando a Martín Heidegger, se asemejará a salvaguardar. Porque pensar es reunir, convocar y conjurar lo que vale humanamente la pena. No se trata de “sustentar” sino de transgredir y repensar el estado de ruina generalizada, en medio de la proliferación de riquezas sin contención ni distribución.

Pensar poéticamente es violentar el estatus quo de los discursos establecidos, es siempre un arte forastero, que requiere permanente contextualización, porque problematiza desde afuera

(desde otro territorio, lenguaje o plano de sentido), a los discursos demasiado organizados y establecidos en categorías y conceptos, por más complejas que éstas sean. Es un arte forastero que primero desconecta y reconecta lo establecido, con aquello por establecerse o desestabilizarse.

¿Qué puede hacer la educación en este contexto? Crear las condiciones para pensar. Recuperar una erótica del pensamiento, la erótica del pensamiento es una constelación de preámbulos para el advenimiento de lo humano, que consiste en una amalgama de *sapientia*, compasión, espera y agudeza. Todas actitudes que predisponen para la prudencia y la vigilia, combinación entre el arte de orientarse en la historia y el ensueño de una comunidad por venir. Ya lo decía Antonio Machado, al borde del precipicio de la Guerra Civil española: *Es preciso crear una escuela de sabiduría popular para que el hombre comience a desaprender lo aprendido, descreer lo creído, desaber lo sabido, y tal vez de esa manera comience a creer en algo* (1971).

La compleja espera del esperar

La retirada del civismo, del ciudadano y de las dinámicas de participación en los asuntos públicos es la retirada de la comunidad. La retirada de la comunidad se evidencia en la existencia de la intemperie y lo inmundano, lugares donde se expanden las tecnologías gubernamentales y la muchedumbre. En estos lugares la vida política se redujo a las prácticas de administración social, cuyo paradigma consolidado es la capacidad cibernética e informática de control de la complejidad social admitida.

Desde esta perspectiva reduccionista lo complejo se reduce al perfeccionamiento y adiestramiento de las capacidades funcionalistas, organizativas, administrativas e integradoras de información y conocimiento para la resolución de problemas y dificultades, ahora resueltas “complejamente”. Este proceso de puesta a punto y adquisición paradigmática de la capacidad de administración y control de la complejidad social admitida es para muchos pensadores de la actualidad, una nueva forma de totalitarismo.

La primera evidencia de este totalitarismo es la ausencia del cuestionamiento político y cívico de las ideas, creencias, instituciones y conocimientos heredados; esta actitud no se encuentra incluida en el “vademécum” funcional de la complejidad domesticada, que por cierto no deja de ser una cosmovisión social e ideológica mucho más multidimensional y flexible que sus antecesoras. En esta “nueva teoría” el cuestionamiento de lo instituido y de sí misma, se

neutraliza en la propia forma de pensar pragmática y fenomenológicamente la “cosa” social compleja, entendida como un problema a resolver o un reclamo calculable o reprogramable.

De esta manera, la vida política y su particular dinámica resolutive, una vez más, pretende ser reemplazada en este caso, por operaciones complejas, propias del poder público y privado.

La muchedumbre de hoy, cada vez más derramada por fuera de sus comunidades, primero fue transformada en sociedad moderna y fuerza de trabajo. Más tarde en sociedad posmoderna y sociedad de consumo global y ahora se la pretende encuadrar en una diversidad de sistemas complejos reprogramables por la interacción participativa y articulada, entre modeladores de opinión y control, trabajadores de la sociedad del conocimiento, encuestados y prosumidores del mercado.

En este contexto, el saber y la inteligencia sólo tienen valor como mantenimiento del orden, de la producción para el consumo y para la innovación tecnológica. Mientras que para nosotros, un pensar poético es aquello que permite la invención de una vida humana mediante el libre trabajo del espíritu, en el contexto de su heterogeneidad material y social.

Porque el espíritu es historicidad (esto es, la fuerza de una vida y de una colectividad en devenir por sobre los signos establecidos), y no historicismo (como lo son los signos y los sistemas sociales).

Como ha sido testimoniado por las letras de todos los tiempos, lo humano no es sólo complejo por vivir entre sistemas y gracias a ellos, lo es porque en él arraiga la seducción de lo inconcluso y la encarnación de lo improbable, donde anida el trabajo silencioso de la función RE como función de la esperanza.

Bibliografía

Elías, Norbert (1990) *La sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona: Península.

Juarroz, Roberto (1993). *Poesía Vertical. Tomo I*. Buenos Aires: EMECÉ.

Lamborgini, Leónidas (2016). *El genio de nuestra raza. las reescrituras*. Buenos Aires: Mansalva.

Machado, Antonio (1971). *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* [1936]. Madrid: Castalia.

Morin, Edgar (1997). *El método II. La vida de la vida*. Madrid: Cátedra.

(2003). *El método V. La humanidad de la humanidad. la identidad humana*. Madrid: Cátedra.

Valéry, Paul (2007). *Cuadernos (1894-1945)*. Barcelona: Galaxia Gutemberg.